

dos, conforme á la tradición, con los nombres de los cónsules, y en las monedas que acuña el taller de Lyon figura siempre la efigie del emperador.

La política religiosa de Gondebaudo fué muy diferente de la de Eurico. ¿Habían sido los burgundios primeramente católicos, como asegura el historiador Orosio? En todo caso, la mayoría de ellos habían sido atraídos al arrianismo después de su establecimiento en Saboya; pero como no persiguieron á los católicos, sospechóse de ellos que trataron de extenderse aun fuera de sus territorios, merced á la alianza de los obispos. San Cesáreo, obispo de Arlés, fué acusado por los visigodos de pretender segregar de la dominación de éstos Arlés y la comarca circunvecina para someterlas á los burgundios. En los territorios dominados por éstos, los obispos fueron libres de reunirse en concilios y hallaron siempre una benévola acogida en el rey, quien á menudo escuchaba los consejos de Avito, obispo de Vienne, del cual decía un contemporáneo que era «el hombre más ilustre de la Galia.» Avito, descendiente de familia senatorial, que había sucedido como obispo á su padre Isicio, y uno de cuyos hermanos, Apolinario, era obispo de Valence, llegó á ser el jefe moral de la Galia meridional, pudiendo combatir activamente al arrianismo y esforzarse en convertir á Gondebaudo sin que su crédito padeciera el menor menoscabo: en un tratado contra el eutiquianismo, que le dedica, felicítale porque hace figurar como uno de sus primeros deberes de rey la defensa de la verdad católica. Gondebaudo, en su ley, recomienda que «no sean despreciados en lo más mínimo los templos y los sacerdotes;» gústanle las discusiones teológicas (1), en las que demuestra gran habilidad, pero es ante todo conciliador y quiere que arrianos y católicos vivan juntos sin peligro para la paz pública. Ciertamente que se ha pretendido que esta política prudente era posterior á la guerra contra Clodoveo y que la conducta anterior de Gondebaudo había sido muy distinta; pero esta hipótesis no se funda en hechos que constituyan pruebas.

VI.—Los bretones en Armórica (2)

En el siglo v comenzó, en el Noroeste de la Galia, una inmigración cuya historia es mal conocida, pero cuyas consecuencias habían de ser muy importantes. Aun hoy en día, de todas las provincias de la antigua Francia la Bretaña es aquella cuya población ha conservado más obstinadamente su fisonomía, sus tradiciones, sus costumbres y su lengua, debiendo buscarse la causa de ello en ese lejano y obscuro pasado.

(1) Sin embargo, es sospechosa la conferencia de Lyon (499) entre obispos católicos y doctores arrianos: Julián Havet, *Questions mérovingiennes*, págs. 33 y siguientes, y tomo I de sus *Oeuvres*, 1897.

(2) Loth, *L'émigration bretonne en Armorique du V^e au VII^e siècle*, 1883. De la Borderie, *Cartulaire de Landevenec*, 1889; *Histoire de Bretagne*, tomo I, 1896. Ambos autores han prestado un señalado servicio á la historia, pero á veces se les ha censurado por haberse servido con demasiada facilidad de vidas de santos escritas muchos siglos después y de valor dudoso. M. Duchesne ha dicho con razón: «Preciso es resignarse á ignorar la historia de la Bretaña antes del siglo ix, salvo algunos rasgos y algunos hechos generales.» Véase sobre todo «Revue historique», 1898, tomo LXVI, págs. 182 y siguientes; «Revue celtique», 1901, págs. 91 y siguientes.

Durante el Imperio la Bretaña había sido romanizada. Ningún testimonio nos la presenta como una especie de asilo en el que se mantuvieran con más energía que en otras partes el idioma y las instituciones célticas: varias vías romanas la surcaban y en ella se han encontrado rastros de monumentos y de quintas ricas; más adelante penetró allí el cristianismo, si bien los obispos de Nantes, de Rennes y de Vannes son los únicos cuya existencia en el siglo v pueda afirmarse con certeza. Sin embargo, esta región cubierta de bosques era todavía en muchos puntos inculta y salvaje; en el siglo iv había sufrido mucho, y después de haber padecido la opresión de los funcionarios romanos y de haberse visto abandonada sin defensa á las devastaciones de los piratas sajones, había sido víctima en el siglo v de las violencias de los alanos. Un escritor griego, á menudo bien informado, Procopio, afirma que no había en la Galia región más desierta que ésta.

Más desesperada todavía era la situación de los bretones de la Gran Bretaña, pues habiendo retirado Roma sus legiones de la isla, tenían que luchar contra los ataques de los pictos y de los escotos por tierra y de los sajones por el lado del mar. Hacia el año 446 hicieron un llamamiento á Aecio, pero en vista de la inutilidad de este recurso, se decidieron á entrar en tratos con los sajones y los anglos. Traicionados muy pronto por estos aliados peligrosos, unos se resignaron á la esclavitud, otros se refugiaron en las montañas y en las selvas y otros, por último, se expatriaron. Gildas, que más tarde relató sus desdichas, dice: «Embarcábanse prorrumpiendo en grandes lamentos, y mientras el viento hinchaba las velas de sus barcos, cantaban con el Salmista: Señor, nos habéis entregado como corderos al matadero y nos habéis dispersado entre las naciones.»

Desde mediados del siglo v esas hordas de emigrantes desembarcan en las costas de la Armórica. «Nuestra raza, escribía en el siglo ix Wrdisten, abad de Landevenec, tiene su origen en la isla de Bretaña; es la hija, la primogénita amada de la raza insular, y fué antiguamente traída en barcas á nuestras playas al través del Océano Británico al mismo tiempo que el territorio de su madre cayó en poder de la raza sajona... Viéndose en seguridad en este asilo, establecióse tranquilamente, sin guerra, en la costa.» Respecto de esto último, es difícil aceptar el testimonio del abad de Landevenec, pues los emigrantes no eran tan bondadosos y pacíficos como él dice, y cuando se creyeron bastante fuertes por el número, obraron como conquistadores.

En 461 asiste ya al concilio de Tours un «obispo de los bretones,» Mansueto; más adelante, en 470, un caudillo bretón, Riotimmo, está al servicio de Roma y lucha contra los visigodos en la región del Loira; y posteriormente llegan á menudo de ultramar emigrantes que, conducidos no por jefes guerreros, sino por obispos, sacerdotes y monjes, pues vienen de un país profundamente evangelizado, se establecen en el litoral y penetran luego en el interior, donde la selva es más espesa, fundando obispos y monasterios, é implantando las instituciones y las costumbres célticas. Muy pronto la Armórica tomará el nombre de Bretaña y adoptará la lengua céltica, tal como se hablaba allende la Mancha, que acabará por ser el idioma del país. Temerario sería, sin embargo, tratar de hacer la historia de estas emigra-

ciones con ayuda de leyendas escritas mucho después y que á menudo no concuerdan entre sí. De estas emigraciones únicamente podemos conocer los caracteres generales y los resultados.

VII.—Poder del episcopado

En la Galia del siglo v, la Bretaña forma una región aparte cuyos destinos serán durante mucho tiempo distintos de los de las demás regiones. En todas éstas, galoromanos y germanos están frente á frente y la influencia romana ha ejercido su acción poderosa: los bárbaros no han abandonado enteramente su carácter ni sus costumbres, pero se han adaptado á las costumbres y á las instituciones galoromanas, las cuales, por otra parte, se han modificado á su contacto con ellos, formándose de este modo una civilización mixta que no puede calificarse ni de bárbara ni de romana. Sin embargo, esta fusión no puede ser completa; ya á principios del siglo Orosio se resignaba, como hemos visto, á la caída del Imperio y se declaraba dispuesto á ensalzar á la misericordia divina, si como consecuencia de aquella ruina habían de multiplicarse en todas partes las iglesias de Cristo y habían de «reconocer la verdad» los pueblos bárbaros. Ahora bien, en concepto de los antiguos habitantes, ni los godos ni los burgundios han reconocido la verdad, puesto que no rezan con ellos y han aceptado el arrianismo que jamás pudo echar raíces en la Galia romana; por consiguiente, sean ó no perseguidores, son extranjeros á quienes se soporta, no existiendo una unión sincera con ellos.

La dominación gótica y la dominación burgundia son, pues, precarias. En la Galia no hay más que un poder verdaderamente fuerte, el episcopado, que es el que representa el principio de unidad en aquella sociedad perturbada y dividida que domina, y el que, traspasando las fronteras móviles de los Estados bárbaros, hace penetrar la acción de aquel principio en todas partes. Han dicho algunos que en el siglo v el desarrollo del cristianismo había tenido que luchar con grandes dificultades y que las construcciones de iglesias habían sido menos frecuentes; pero esto sólo es verdad con relación á ciertas regiones del Norte, en donde los bárbaros, paganos todavía, se establecieron en masas compactas que más adelante fué preciso evangelizar de nuevo. En todas las demás, salvo algunas cortas persecuciones como la de Eurico, la vida religiosa es activa y se halla dirigida por el episcopado. De un extremo á otro de la Galia los obispos se visitan, se escriben, permanecen en comunión de ideas y de sentimientos, tienen los mismos intereses y formulan idénticas aspiraciones. En medio de las guerras, de las ruinas y de las revoluciones, sólo la Iglesia no ha cesado de engrandecerse; su fuerza se forma con todas las debilidades, con todas las desdichas de aquel tiempo, sus raíces penetran en lo más hondo de las capas populares y á fines del siglo v en ella y por ella vive la sociedad.

Más de una vez se ha podido hacer constar la intervención política de un Sidonio Apolinario ó de un Avito y estos hechos no constituyen una excepción. Si los obispos son á menudo escogidos entre la aristocracia, débese esto á que están constantemente expuestos á comparecer como embajadores ante los emperadores

romanos ó los reyes bárbaros. Tal aconteció con Germán, de poble familia, que ejerció elevadas funciones públicas: elegido obispo de Auxerre, dió sus bienes á los pobres, su esposa fué para él una hermana, condeñóse á las más duras austeridades y se alimentó de pan de avena; pero este asceta fué un hombre de acción que en unión de Lupo de Troyes marchó á Bretaña á combatir la herejía pelagiana, ayudando á los bretones á rechazar una invasión de los sajones y de los pictos. A su regreso, encontró Germán á sus diocesanos desconsolados á causa de los impuestos extraordinarios que les agobiaban, y poniéndose nuevamente en camino se dirigió á Arlés, avistóse con el prefecto Auxiliaris y obtuvo de él lo que sus conciudadanos pedían. Más tarde Aecio entregó la Armórica á las devastaciones del rey alano Eocarico, y habiendo los enviados de aquel desdichado país implorado el socorro de Germán, éste escuchó sus ruegos, salió al encuentro de los bárbaros, acercóse al rey pagano, que estaba rodeado de sus guerreros, suplicóle primero y amenazóle después y al fin cogió su caballo por la brida. Eocarico, asombrado de tal valor, suspendió su marcha con la condición de que Germán lograría del emperador ó de Aecio el perdón para la Armórica. El obispo partió para Rávena con objeto de interrogar á Placidia y á Valentiniano III; Placidia envióle un jarro de plata con delicados manjares y Germán correspondió á este obsequio mandándole un plato de madera con un pan de avena. Allí, en Rávena, murió en 448 sin haber podido salvar á la Armórica. Ejemplos de estos abundan en los documentos. Los destinos de la Galia bárbara dependen del episcopado.

CAPITULO IV

CLODOVEO Y LA SOCIEDAD FRANCA SEGÚN LA LEY SÁLICA (1)

I. Meroveo y Childerico.—II. Clodoveo y Siagrius. Guerra de los alamanos y bautismo de Clodoveo.—III. Guerras contra los burgundios y los visigodos.—IV. Fin del reinado de Clodoveo.—V. La ley sálica y la sociedad franca.

I.—Meroveo y Childerico

Hasta fines del siglo v la historia de los francos es menos conocida que la de los visigodos ó la de los burgundios. Los documentos escritos anteriores á Clodoveo sólo contienen algunos hechos aislados, de fecha y de importancia á menudo inciertas, y algunas leyendas. Para suplir el silencio de los cronistas, es preciso seguir

(1) FUENTES.—Dom Bouquet, *Recueil des historiens de Gaule et de France*, tomo III, IV. En los *Monumenta Germaniae Historica*, los tres volúmenes de los *Scriptores rerum Merovingicarum* (Gregorio de Tours, crónica llamada de Fredegario, *Liber Historiarum*, vidas de santos); *Cassiodori Variarum Epistolarum merovingicorum*, *Concilia aevi merovingici*.

OBRA DE CONSULTA.—Además de las obras ya citadas de Fustel de Coulanges, Waitz, Dahn, Sybel, Digot, Longnon, Lamprecht, etc., Junghans, *Histoire de Childerich et de Clodovech*, traducción Monod, 1879. Kurth, *Clodis*, segunda edición, 1901, obra cuyo valor científico muy real está demasiado comprometido por tesis inciertas y preocupaciones apologéticas; en ella están indicados todos los trabajos recientes. Rajna, *Le origini dell'epopea francese*, 1884; Nyrop, *Storia dell'epopea francese*, 1888, traducción del danés, y Kurth, *Histoire poétique des Mérovingiens*, 1893, han estudiado las leyendas que envuelven la historia de Clodoveo.